

continua embriaguez, roto el freno de la vergüenza, se vestía de muger y corría todo el lugar entregado á los mas torpes desórdenes, con vergüenza y horror de la humanidad. Pidió el penitente consejo al padre, é instruido de lo que debía hacer, quedó suspenso y dudoso de la verdad del caso hasta que lo confirmase el éxito. En efecto, la india perniciosa, que ninguno se habia atrevido á descubrir al misionero por el temor que tenían todos de su poder, luego que fué avisada del indio quedó sobrecogida de un espanto que le trajo muy presto la enfermedad. La criminal vergüenza de confesarse le hizo resistir dos dias á todas las sollicitaciones. Al tercero dia, mas horrorizada con la vecindad del peligro, se confesó con señales de verdadero arrepentimiento, y acabada de recibir la absolucion espiró, dejando bastante fundamento para creer que por una oportuna penitencia previno, como los ninivitas la sentencia de su condenacion. El cacique vió despues ejemplarmente otra india rica del mismo pueblo, pero que habia mostrado siempre un corazon de piedra para con los pobres de Jesucristo y no mereció que el Señor usase con ella de su misericordia. Murió repentinamente: una piadosa sobrina suya habia hecho en quince dias mucho bien por su alma. Una noche que habia en su casa mas de doce personas oyeron por lo largo de la calle ruido de cadenas arrastradas y gemidos amarguísimos, que cada instante se percibían con mas claridad. Llegó á las puertas de la casa, y con una voz funesta y ronca, no hagáis dijo, mas bien por mi alma, ni me digáis misas que ántes me son de mayor pena; bástame mi gran trabajo. Dicho esto pareció que la arrastraban, oyéndose el sonido de las prisiones y los tristes alaridos como de quien se iba alejando. Los circunstantes todos adolecieron del espanto, y se confesaron generalmente. El fruto que provino de uno y otro caso, mostró bien que era su autor el que lo es de la verdad, en cuya confirmacion cedieron con mucha gloria suya y provecho de las almas, estos y algunos otros maravillosos sucesos que por la semejanza omitimos.

De esto se vió mucho en dos misiones que se hicieron por este mismo tiempo del colegio de la Puebla; pero aun fué mayor la gloria que dieron al Señor y á la Compañía los sugetos de aquella casa con su heroica presencia, persuadidos á que el padecer cosas grandes, no ménos que el hacerlas, es propio de los que se precian de seguir las huellas del Salvador. Levantaron á uno un falso testimonio en la materia mas delicada del sigilo de la confesion. Una denuncia como esta no era pre-

cisamente contra el crédito de aquel sacerdote, sino que parecia deber arruinar el ministerio santo con que se ganaban á Dios tantas almas. Sin embargo de este tan hermoso pretesto para emprender una apología en que se interesaba todo el cuerpo de la religion, el acusado determinó callar y dejar la defensa al Señor que era testigo de su inocencia. Este constante silencio tuvo mas fuerza que cuanto hubiera podido decir en su favor: el calumniador se avergonzó de haber pucsto á tan dura prueba la virtud del padre, y movido de un verdadero arrepentimiento retractó de palabra y por escrito cuanto habia depuesto. Se mejante satisfaccion dió otro jóven rico y libertino, que lleno de furor de que uno de los nuestros le intentase apartar de una mala amistad en que vivia con escándalo, habia divulgado por toda la ciudad, que bajo el pretesto de aquel celo santo de depositar la muger en una casa honrada, la tenia á su disposicion y vivia deshonestamente con ella. Grandes ejemplos de la malicia y obstinacion de ciertos génios, y de la caridad, celo y paciencia de los calumniados, que al mismo tiempo nos enseñan la precaucion y prudencia que debe acompañar al celo apostólico para este género de empresas á que tanto contradice el mundo.

Miéntas que así se padecía en la Puebla, se trabajaba gloriosamente en Oaxaca. Una enfermedad, que hacia igual estrago en los españoles y en los indios, ofrecia á nuestros operarios una abundante mies de merecimientos y de gloria. Fué de notar que en diez y ocho ó mas sugetos que moraban en aquel colegio, ninguno fuese herido de la epidemia, tratando incesantemente dia y noche con los apestados y respirando aires corrompidos; ántes en este tiempo crítico, quiso el Señor dar cuasi milagrosa salud á uno de nuestros coadjutores, molestado desde mucho ántes de una tenacísima quartana. Era justamente dia en que debía acometerle, y en que, segun la costumbre de la Compañía, habia en casa una de aquellas recreaciones de cada tres meses, en que se relaja un tanto el arco de la religiosa mortificacion, para volver con mayor aliento al trabajo. El hermano, sintiéndose ya con algunos indicios de próxima quartana, se abstuvo de comer al tiempo de la comunidad, y preguntado, respondió que se sentia herido ya algun tanto de la fiebre. Dígale que no venga, replicó uno de los padres, á que el buen hermano respondió, eso podrá hacerlo V. R. Yo lo haria, dijo el sacerdote, si tuviese la santidad y el dominio que sobre ese mal tuvo nuestro padre Francisco de Borja. Pues á lo ménos, dijo el coadjutor, en nombre del siervo de Dios mándelo V. R. Entónces el padre, animado de la sincera

Preservacion
de los jesuitas
en Oaxaca.

fè del enfermo, y con una gran confianza en los méritos del santo general, yo le mando, dijo, en nombre de nuestro padre Francisco de Borja que no vuelva mas á molestarle. En efecto, desde aquel mismo instante sintió disiparse aquellos fatales pronósticos que tenia de la fiebre, no volvió mas, y el hermano empleó su salud en servir á los enfermos como todo el resto de nuestros operarios. La caridad y fervor que mostraron en esta importante ocasion les ganó nuevas estimaciones de parte del Illmo. D. Fr. Bartolomé de Ledesma, que habiendo fundado un monasterio de monjas en aquella ciudad, quiso que los jesuitas le ayudasen á darle la mejor forma para su establecimiento y perpetua observancia.

En Guadalajara faltó un grande operario de indios en el padre Gerónimo Lopez. Habia sido beneficiado de uno de los mas pingües beneficios, y provisor de indios en el arzobispado de México. Todo lo dejó por consagrarse en la Compañía al servicio de sus prójimos. Fué juntamente con el padre Pedro Diaz primer poblador del colegio de Guadalajara, y mereció grande estimacion y confianza del Sr. D. Domingo de Arzola, que luego quiso que le acompañase en la visita de su diócesis. Hombre de mucha humildad, de sinceridad y pobreza admirable, y de un amor para con los indios, que les dejó materia de mucho dolor. Murió á 27 de noviembre con el género de enfermedad que habia pedido al Señor, breve para no ser gravoso á sus hermanos, y que no le privase de sentido para poder aprovechar aquellos últimos y mas preciosos momentos. Por lo demas, esta grande pérdida se procuró reparar bien presto, enviando otro sugeto que siguiese el mismo plan en socorro de los indios. Semejante cuidado habia en el colegio de Veracruz, de Pátzcuaro, de Zacatecas y Valladolid. En la sede vacante del Illmo. Sr. D. Fr. Alonso Guerra, gobernaban aquella Santa Iglesia los señores capitulares, y cuidadosos de la instruccion y aprovechamiento del colegio de S. Nicolás, de que son patronos, procuraron se encargase de nuevo la Compañía de la educacion y gobierno de aquella juventud: la carta que para este efecto escribió el illustre cabildo al padre provincial dice así: „El principal blanco á que se debe tirar en las partes que piden recogimiento, es el servicio de Dios y buenas costumbres, que precediendo esto, lo demás, que es la ciencia, les es muy fácil á los que echan por ese camino. Y á esta causa la santa Compañía ha resplandecido siempre. Y aunque es verdad que este cabildo está muy agradecido á la merced que V. P. poco ha nos hizo

en dar á este colegio quien le enseñase, lo que pueden aprender son letras, que no satisfacen á lo que este cabildo pretende, que son virtudes. Resta que para que la merced sea cumplida alargue la mano en hacernos la de que el padre que les lee, ó que V. P. fuere servido, esté en el colegio dentro, que con eso estará este cabildo muy consolado, porque la esperiencia nos muestra algunos inconvenientes que trae el salir fuera los estudiantes, y por entender es esto de lo que Dios se sirve; y tener á V. P. por tan siervo suyo, le suplicamos con todo el encarecimiento que podemos, á quien Dios guarde muchos años con el aumento de la vida que este cabildo desea. De Valladolid y de noviembre 13 de 1536 años.—*El Dean D. Pedro de Aguayo.—El Racionero Peñafiel.—El canónigo Gerónimo Yepes.*—Por el Dean y cabildo sede vacante, *el Racionero Gerónimo de Yepes*, secretario.”

Aun con mucha mayor eficacia escribió separadamente el dicho canónigo D. Gerónimo Yepes: „Hanme dicho mis hermanos de la Compañía tener V. P. salud, y que muy de próximo será V. P. por esta provincia, de lo que recibo muy particular contento, porque espero que lo que no pude acabar con V. P. los dias pasados, que fué que la Compañía volviese á entrar en nuestro colegio de S. Nicolás, ahora viendo tan al ojo el deservicio de nuestro Señor en que los colegiales salgan tan á menudo, demas que ellos no tienen rector á quien respetar y otros inconvenientes muy graves, como entiendo que mis padres rector y Cristóbal Bravo han escrito á V. P., le moverá á que cesen tantas ofensas como cada dia se hacen á Dios de parte de estos colegiales, &c.” Sin embargo de tan vivas representaciones, el padre provincial Estevan Paez, informado de los motivos que habia tenido la Compañía largo tiempo ántes para dejar la administracion de aquel Seminario, y sabiendo lo que contra la Compañía comenzaba á publicar un cierto Carmona que aspiraba al rectorato de S. Nicolás, sostenido de uno ú otro de los capitulares mas jóvenes, admitió que al estudio de latinidad viesen los estudiantes á nuestras clases, y procuró escusarse lo mas modestamente que pudo sobre la administracion y gobierno del colegio.

La Sinaloa era por este tiempo un terreno seco é ingrato, que no producía sino abrojos y espinas bajo los piés de sus apostólicos ministros. Poco pretesto bastaba para hacer renacer en aquellos corazones toda la ferocidad que parecia inspirarles el clima. Tres indios guazaves, nacion que poco ántes, á costa de muchas fatigas, habia hecho el padre Santarén restituirse á su pueblo, con muy ligero motivo dieron muerte

á una india cristiana, y temerosos del castigo, alborotaron á los demas y huyeron á los bosques y quebradas inaccesibles de los montes. Los niños, los vacaives, los matapanes y aun los ocooiris, que habian sido tan fieles discípulos del venerable padre Gonzalo de Tapia, siguieron un ejemplo tan pernicioso. Los matapanes se acogieron á los tehuecos; mas estos no estaban en estado de poder socorrerlos. Una grande hambre se habia hecho sentir en todo su pais. Vinieron los tehuecos á Cacalotlán, poblacion que de los buenos indios de las Cruces habia fundado y promovido grandemente el padre Martin Perez con el pretexto de comprar algunos víveres. Recibidos de paz abusaron de la confianza de los buenos cristianos, dieron muerte á unos, robaron á otros y talaron á muchos las sementeras. No tuvieron los cacalotlanes paciencia para tolerar tanto agravio, ni tenían fuerza para hacer frente á una nacion numerosa y guerrera. Breve se les presentó ocasion en que les hizo olvidar la cristiandad, el amor de la vergüenza. Los matapanes, amigos de los tehuecos, vinieron poco despues de su pueblo, atraidos de la misma necesidad y fiados en la antigua alianza de entrambas naciones. Los cacalotlanes acometieron repentinamente á sus huéspedes. Dieron muerte á diez, y cautivaron muchos niños y jóvenes de uno y otro sexo. Dejaron sus cuerpos á las fieras y á las aves, y se acogieron á sus bosques. El misionero, penetrado del mas vivo dolor de ver descarriadas así sus ovejas, y desamparada la Iglesia y el pueblo, anduvo muchos dias por los zarzales y las breñas, convidándolos y llamándolos á su pueblo. La presencia de su pastor, á quien amaban tiernamente, los juntó muy en breve, y pareciéndole muy expuesto aquel lugar, les hizo mudar la poblacion á otra parte, en que con la cercanía de otras naciones, quedasen á cubierto de las incursiones é insultos de los tehuecos y matapanes.

El capitan D. Juan Perez de Zebreros, teniente de D. Alonso Diaz, que habia ido á Guadiana á solicitar que en la villa se estableciese un presidio de españoles, hubo á las manos en la ausencia del general cinco indios de los pueblos de Nayloria y Tovoropa. No se hallaron cómplices en la muerte del venerable siervo de Dios Gonzalo de Tapia; pero sí en la muerte de algunos caballos, y conspiracion contra los españoles. Fueron condenados á muerte, aunque interpuesta apelacion, les conmutó esta pena en seis años de esclavitud el gobernador de la Nueva-Vizcaya D. Diego Fernandez de Velasco. En medio de tantos disturbios, se hacian algunos bautismos, y se veian algunos ejemplos de cristiana piedad que hacian revivir las esperanzas de los fervoro-

sos ministros. En los rios de Petatlán y Ocooiri, se bautizaron en seis meses cerca de trescientos. Se confesaron la cuaresma muchos pueblos enteros, y ellos de su motivo fabricaron doce ó trece hermitas, plantando Cruces para andar la semana santa en estaciones, y hacer sus penitencias. Fué muy singular la entereza y valor de una india jóven. Habia estado por algun tiempo en torpe amistad con un español, y este le habia proveido de buena ropa y algunas otras alhajas de muy grande precio, respecto á la pobreza de estas gentes. La india, tocada de la divina piedad, volvió en sí, y reconociendo el miserable estado de su alma, determinó apartarse de aquella ocasion. Envolvió toda la ropa y demas fatales prendas, que á tanto precio habia adquirido, y dejándolas á su malvado amigo que dormia, se salió de la casa y se retiró á la de sus padres, donde en frecuencia de sacramentos vivió despues ejemplarmente. Los frecuentes consejos de los buenos cristianos que habian quedado en los pueblos, los ruegos y buenos oficios de los padres, que con solicitud los buscaban por las breñas y ardientes arenas, las protestas que muchas veces les hicieron de parte del capitan, de que no se intentaba cosa alguna en perjuicio suyo, sino de los homicidas del venerable padre Tapia, y finalmente, la hambre é incomodidades grandes que padecian en los bosques, les obligó á irse aunque muy poco á poco, restituyendo con sumo consuelo de los misioneros á sus antiguas poblaciones. A fines del año ya todo estaba con una suma tranquilidad, y el curso de las doctrinas y demas ministerios, interrumpido con tan varias resoluciones, se estableció con nuevo trabajo de los padres para desarraigar no pocos desórdenes que les habia inspirado la compañía de los gentiles y la libertad de los montes.

Sin tanta inquietud y trabajo se hacia un fruto copiosísimo en la vasta provincia de *Tepehuanes*. Se extiende esta region desde la altura misma de Guadiana, á poco ménos de 25 grados hasta los 27 de latitud septentrional. Sus pueblos comienzan á las veinticinco leguas de la capital de Nueva-Vizcaya, ácia el Noroeste en Santiago de Papáquiario. Al Norte tiene á la provincia de Taramara, al Sur la de Chiametlán y costa del seno Californio, al Oriente los grandes arenas y naciones vecinas á la laguna de S. Pedro, y al Poniente la Sierra Madre de Topía, que la divide de esta provincia y la de Sinaloa. La religion, las costumbres, el trage y las armas de estas gentes, eran, con poca diferencia, las mismas que hemos dicho de Sinaloa. La fecundidad de sus pastos y la riqueza de sus minas en Guanasebi Indehe, y otros lugares, atrajeron á su vecindad muchos de los pobladores de Gua-

Descripcion
de la provin-
cia de Tepe-
huanes.

diana, que tuvieron buen recibimiento de los indios. Seis ó siete pequeños rios formados de las vertientes de la sierra, fertilizan estos países. De los mayores es el de Papásquiario. Los mas de ellos pierden su nombre en el de las Nasas, con que se juntan poco despues de su origen y que da á los tepehuanes mucho peje. Otros cuatro ó cinco en la parte mas septentrional de la provincia atraviesan la provincia de Tarmaura, y van á descargar al rio Grande del Norte, que despues de haber regado el Nuevo-México, desemboca en el Seno mexicano. El terreno que acabamos de describir fué un teatro muy vario, pero igualmente glorioso á los misioneros jesuítas. Abrió la puerta al Evangelio en estos vastos países el padre *Gerónimo Ramirez* el año de 1596 en mision que hizo desde el colegio de Guadiana. Halló gentes mas cultivadas y mas vivas que los de la laguna, vestidas de lana y algodón, recogidas en chozas de madera, y algunas tambien de piedra y barro, con algun género de sociedad y policía, de buen talle, de mucha memoria y mas que ordinaria capacidad. Ha acontecido (dice en su relacion el misionero) oír una vez el catecismo y quedársele á un indio *tan fijo en la memoria, que pudo luego hacer oficio de maestro y enseñarles á otros, y no uno, sino otros muchos, oyendo hoy el sermón, lo refieren mañana sin errar punto substancial*; prueba grande, no ménos de la felicidad de su memoria, que de la atencion y buena voluntad con que recibian la santa doctrina. El padre *Gerónimo Ramirez*, recorriendo, segun su costumbre, las estancias vecinas á Guadiana, llegó no sin disposicion del cielo á la *Sauceda*. Era esta la mas vecina á la provincia de Tepehuanes, de quienes debia ser el primer apóstol. Muchos de ellos trabajaban en aquella vecindad con los mexicanos y tarascos, cristianos viejos; pero á quienes fuera del nombre nada habia quedado de religion. La instruccion de estos era el primer cuidado del padre Ramirez; pero muchos de los tepehuanes, atraidos de una saludable curiosidad, venian á escuchar sus sermones, y no dejaban de aprovecharse de lo poco que entendian del idioma mexicano y del tarasco. Mostraban una docilidad y aun inclinacion grande á las verdades de la fé. El misionero procuró atraerlos con dulzura, y conocido el fondo y la buena disposicion de sus ánimos, pensó seriamente en anunciar el reino de Dios á aquella nacion bárbara. Por entónces se contentó con celebrar en la semana santa los sagrados misterios, con una pompa y suntuosidad capaz de conciliarse la estimacion de los gentiles. El orden de las procesiones, el canto, los instrumentos, las banderas, el adorno de los altares, las ceremonias del altar

las disciplinas y otras penitencias que hacian los cristianos eran un nuevo y admirable espectáculo que no se cansaban de ver los tepehuanes. Algunos de estos, siguiendo el ejemplo de un cacique, que despues servia de catequista, habian ya pedido el bautismo, é instruídose suficientemente para esta gustosa ceremonia, que se dispuso para la tarde de la *domínica in albis*. Vinieron en vistosa procesion los catecúmenos con el cabello suelto y guirnalda de flores, muy aseados y limpios los vestidos, con vistosa plumería y otros adornos de los que ellos aprecian, singularmente las mugeres. Sus padrinos los conducian de la mano siguiendo á la Cruz y ciriales, y á un gran concurso de gentes que con candelas encendidas marchaban en el mismo orden hasta la fuente de la vida, que se habia curiosamente enramado con muchas flores y yerbas olorosas, entre las cuales gorgeaban muchos pajarillos que en el mismo bosque se tenian presos. El júbilo de los nuevos cristianos y de todo el concurso, fué inesplicable, y mas aun el del celoso ministro, por cuyo medio habian renacido al cielo tantas almas †.

Solo pudo aumentar el deseo que conoció en el resto de los tepehuanes de semejante dicha. Volvia el padre ya de noche á la Iglesia, y mirando con alguna atencion ácia la enramada, que estaba ante la puerta, vió algunos bultos blancos, que reconoció ser catecúmenos, cuyo bautismo habia diferido hasta instruirlos mejor. Estos infelices lloraban amarguísicamente, y preguntados de la causa de sus lágrimas: *¿No queréis que lloremos?* respondieron. Nosotros, con tu venida creiamos que ya Dios, movido á misericordia, queria perdonarnos nuestros pecados; pero vemos que bautizas á tantos y nos dejas á nosotros sin remedio. El misionero, enternecido, los consoló diciéndoles que aprendiesen brevemente la doctrina, y luego los bautizaria con mucho gusto. *¿Y cómo?* replicaron aquellos pobres, no satisfechos aun de la respuesta; *¿y cómo has bautizado tantos ancianos que no han aprendido todas las oraciones, ni las aprenderán en toda su vida?* Se les satisfizo, diciendo el especial motivo que habia para hacer esto con los viejos y enfermos, y ellos quedaron con mucho aliento para hacerse dignos de la regeneracion que tanto pretendian. Esta pequeña aventura dió á conocer al padre lo que podia prometerse de la capacidad y docilidad de los tepehuanes, y así, aunque por entónces, le fué preciso dejarlos; pero dentro de muy pocos meses volvió á ellos, y entró mucho

† He aquí el mejor uso que puede hacerse de la fantasía en obsequio de la religion cristiana. . . . Dígalo el vizconde *Chateaubriand*.—EE.

mas en la tierra, siempre bien recibido, y cogiendo á manos llenas el fruto de su celo. Desde los primeros pasos quiso Dios bendecir los trabajos de su siervo con algunos extraordinarios sucesos, que le atrajeron grande estimacion de aquellos pueblos. En el principal de Pápáquiario habia algunos pocos cristianos que habia traído á la religion el trato con los vecinos españoles. Procuró el misionero que estos se confesasen y redujesen á un género de vida que atrajesen con su buen ejemplo á los gentiles. Salió el padre acaso un dia en busca de enfermos que confesar recorriendo las rancherías, cuando vió que llevaban á enterrar á un indio envuelto y liado con una pequeña Cruz en las

Caso notable.

manos. Afligido extremamente de que sin su noticia hubiese muerto aquel cristiano, y llevado de no se qué interior movimiento, se llegó al féretro, hizo desenvolver el cuerpo, y vió, ó le pareció ver, alguna señal de vida, que los demas gentiles que lo llevaban no podian descubrir. Comenzó á darle grandes voces, á que no daba muestra alguna de sentido. ¡Cuánto diera yo, dice en su carta el mismo padre, por tener propicio á nuestro Señor en aquel punto para alcanzar de su Magestad el remedio de aquella alma! Mas teniéndome por indigno, volví los ojos á todas partes buscando algun cristiano que hiciese por él oracion; mas no hallando alguno, me volvia contra mí acusando mis graves culpas, que entónces me estorbaban el valimento con nuestro Señor para que oyese mis ruegos. Penetró los cielos la fervorosa oracion, acompañada de tan profunda humildad. Volvió á llamar con nuevas voces y quiso Dios que comenzase á dar algunas señas de sentido: prosiguió el padre mas animado, y volviendo en sí el enfermo pudo oír y hablar lo suficiente para confesarse con muestras de verdadera contricion. Quedó absuelto, y un instante despues espiró con tranquilidad.

Todo el pueblo quedó persuadido á que el padre Ramirez habia resucitado un muerto, y fuese aprehension ó realidad, contribuyó infinitamente esta opinion para hacerlos dóciles á sus santos consejos. Todos se le rendian con una docilidad admirable, como á un hombre venido del cielo, que parecia tomar á su cargo el castigo de los que resistian á sus palabras; solo un viejo obstinado en su idolatría dijo que no queria bautizarse. El hombre de Dios procuró atraerle con la dulzura á que se lavase de sus culpas en las aguas del bautismo. Yo no necesito esas aguas, respondió el indio. Cada dia me baño y me lavo en el rio. Bien, dijo el padre; mas ese baño no será parte para que despues de la muerte no vayas al infierno. ¡Morir yo? replicó el engañado viejo: ¿no sabes que yo soy inmortal? Se persuadió el mi-

nistro á que solo Dios podía curar aquella ceguedad pertinacísima, y á lo que parece con luz del cielo le amenazó delante de todo el pueblo con un castigo muy cercano. El feroz indio salió riéndose de las amenazas, con no poco escándalo de todo el concurso. No tardó Dios en darle á conocer á aquel insensato su mortalidad. Habian concurrido á la mañana siguiente de muchas rancherías á la explicacion de la doctrina cristiana, cuando en medio de todos aquellos gentiles apareció el anciano ensangrentado todo el cuerpo y lleno de heridas, y hablando al padre con un tono de voz humilde y lastimoso. Yo conozco (dijo) que tú tienes razon, y yo estaba engañado. El demonio me habia prometido la inmortalidad, que no podia darme. Una fiera me ha desengañado con bien triste esperiencia, y me ha hecho ver que soy semejante á los demas hombres. Yo hubiera muerto á sus garras si Dios no me ayudara: ruégote que me bautices. No tuvo tan feliz éxito la caridad del padre con otro indio, que ni queria bautizarse ni dejar á su cristiana muger asistir á la doctrina y á los demas ejercicios de la religion que profesaba. Reprendido del celoso pastor, disimuló algun tanto; mas saliendo del umbral arrebató por fuerza la muger y corrió á encerrarla en una cueva entre inaccesibles peñascos; pero aquella misma noche le dió el Señor entera libertad con la repentina muerte de su bárbaro marido.

Tan bellos principios tuvo la mision de *Tepehuanes*. No eran tan felices los progresos en la laguna de S. Pedro. Los indios de las cercanías del lago, á que iban lentamente penetrando los padres, eran aun mas rudos, y mas temidos que los vecinos á Durango. Al arribo de los misioneros huian á los bosques y se escondian en algunas isletas que forma la laguna, persuadidos á que con la doctrina de aquellos hombres habia de entrar la enfermedad y la muerte en sus tierras. Caminaban los varones apostólicos por los arenales y las breñas dias enteros sin encontrar un indio, si no lo ofrecia la contingencia; pero con grande confianza de que habian de amansar aquella fiereza. Se bautizaron este año mas de *setenta* adultos, y muchos párvulos. Tardos en percibir los misterios y verdades de nuestra fé, eran tanto mas firmes en conservarlas. Un indio, oyendo que Dios era Criador de todo, replicó prontamente. ¡Y por qué crió las víboras tan perniciosas al hombre? Otra buena anciana, pidiendo el bautismo, dijo con sinceridad al padre, que desde que un hijo suyo cristiano le habia enseñado, que Dios estaba en el cielo, muchas veces entre dia, y todas las ocasiones que despertaba de noche, llamaba á Dios del cielo, y profundamente lo adora-

ba. Pero aun era más admirable la virtud de los chichimecas y la mansedumbre cristiana que habia sucedido á la ferocidad y barbarie de aquella nacion. En S. Luis de la Paz se añadian cada dia al número de los catecúmenos muchas familias que de los bosques y las malezas sacaban los padres para que viviesen en sociedad, y se les pudiese mas oportunamente instruir en la doctrina del Evangelio. La semana santa se celebró con grande devocion de los españoles y edificacion de los indios. Un pequeño accidente, de que se pudo temer alguna inquietud, contribuyó mas que nada al aumento de la piedad. Un indio principal muy valiente y atrevido en su gentilidad, era despues de bautizado el primero en la doctrina, y en los demas ejercicios de cristiana virtud. Tuvo la criminal condescendencia de acompañar á unos gentiles, que bebieron largamente el lúnes santo. Quiso poco despues entrar en la Iglesia, donde habia concurrido todo el resto del pueblo. El padre, informado del mal estado en que se hallaba, le mandó una y otra vez que no entrase. La fuerza del licor, y la vergüenza de aquella repulsa, acompañada del fondo de su indignacion orgullosa y fiera, no le permitió conocer lo justo de aquella reprension. Comenzó á vomitar injurias contra el misionero é incitar á los indios que lo dejasen solo y saliesen de la Iglesia. Conocieron cuantos le oian que el calor del vino le ponía en los lábios aquellas voces tan ajenas de la conducta que habia constantemente observado despues de su bautismo: retiróse á su casa, y restituído asimismo, conoció la gravedad de su delito y vino á arrojarse bañado en lágrimas á los padres, que habia inconsideradamente ultrajado. Ni contento con esta privada satisfaccion, quiso resarcir el público escándalo, y el jueves santo, ántes de salir la procesion, se acusó del desacato cometido contra su pastor, añadiendo que él estaba fuera de sí, y que prometia de lo uno y de lo otro la enmienda. Dicho esto, comenzó á descargar sobre las desnudas espaldas golpes muy recios con una disciplina, diciendo á voces, que por amor de Dios le perdonasen y pidiesen por él á su Magestad. El mismo arrepentimiento mostró otro indio, que provocado en un desafio le habia dado muerte á su competidor. ¡Admirables efectos de la gracia en una nacion acostumbrada á no reconocer ni aun el dominio que dió la naturaleza á los padres, y á no tener en sus operaciones mas reglas que el interés y el capricho!

Fin del libro tercero.

SUPLEMENTO PRIMERO

A LA HISTORIA

DE LA COMPANIA DE JESUS

EN

NUOVA-ESPANA,

escrita por el padre

FRANCISCO XAVIER ALEGRE.

El departamento del Nuevo-México es hoy bastante conocido por los aventureros tejanos, y objeto de sus especulaciones mercantiles, principalmente desde que se ha puesto en contacto con los Estados- Unidos del Norte: se ha abierto un camino por el que transitan numerosas caravanas de mercaderes, y por medio de las cuales se fomenta el contrabando, se introducen efectos de primera necesidad y de lujo, y por precios muy cómodos. El abandono en que el gobierno español tuvo aquellos pueblos, y por lo que carecieron de muchos auxilios y artículos necesarios á la vida, ha hecho que sus habitantes tengan por un gran bien lo que considerado exactamente es un verdadero mal, y que envidiando la suerte de los establecimientos anglo-americanos, crean que no pueden ser libres y felices sino á la sombra de aquel pabellon, renunciando á la verdadera felicidad que hoy disfrutan por una facticia y quimérica. Conviene, por tanto, que el gobierno conozca el mérito de aquellas regiones, de donde puede sacar grande aprovechamiento por medio de una administracion liberal á par que justa, y con cuyo objeto nos proponemos dar aquí una ligera idea. Tenemos á la vista un manuscrito precioso que disfrutaremos en este suplemento y llenará nuestro objeto; mas para ello es indispensable formar la relacion, aunque sucinta, tomándola desde que conquistaron aquellas regiones los españoles y predicaron el Evangelio los religiosos franciscanos.

TOMO I.

43